

A photograph of two young women in school uniforms and face masks. They are sitting at a desk, looking at a document together. The woman on the right is holding a pen and pointing at the document. The woman on the left is looking at the document with a focused expression. The background shows a classroom setting with a yellow wall and a framed picture.

# ADOLESCENCIA: ¿UNA REALIDAD DESCONOCIDA?

Rodrigo Tenorio Ambrossi

# Rodrigo Tenorio Ambrossi

Licenciado en Filosofía

Doctor en Psicología Clínica

Autor de varias publicaciones, entre ellas: Niños calles y cotidianidades,  
El sujeto y sus drogas,  
La intimidad desnuda y La cultura sexual de los adolescentes.

El presente ensayo aborda las causas centrales de las dificultades que se generan en las relaciones intergeneracionales, fundamentalmente entre el mundo de la adolescencia y el mundo adulto. “La oposición significativa entre las representaciones y normativas impuestas por la sociedad de los adultos y las representaciones de las nuevas generaciones es capaz de producir estados depresivos sobre todo cuando no se ven salidas, no solamente lógicas y fácticas, sino especialmente afectivas”, afirma el autor.

## Adolescencia: ¿una realidad desconocida?

La sociedad de los adultos y la del poder saben poco o, probablemente, muy poco sobre las actuales adolescencias y las primeras juventudes. Este plural pretende marcar un corte epistémico entre la tradición teórica y social que se ha empeñado en hablar de la adolescencia como si se tratase de una edad con un conjunto descriptivo y normativo que se aplicaría a todos por igual. Igual da acá que al otro lado del mundo.

En la práctica, se repiten paradigmas sociales, psicológicos y culturales de los grandes autores del siglo XX. Lo más frecuente es que se recurra a lugares comunes y que se dé por entendido lo que habría primero por entender. Como si el mundo de hoy fuese el mismo de hace cincuenta años.

De hecho, en la Academia existe un largo silencio sobre este grupo que, por su parte, no cesa de expresarse a través de sus lenguajes, algunos de los cuales son casi exclusivantes. Por cierto, no existen lenguajes privados, como aquellos que permiten que los miembros de ciertos grupos se relacionen entre sí sin la necesidad de que la sociedad de los adultos los entienda. No es que se trate necesariamente de un intento de ocultamiento sino de un proceso que busca preservar su identidad. En efecto, son sus pares quienes les proveen de los elementos indispensables de identidad.

A partir del último tercio del siglo XX, la adolescencia se convierte en objeto tanto de preocupación social como de análisis y teorización sociológica, antropológica y psicológica. Sin embargo, es en este siglo en el que los estudios adquieren un nuevo cariz. En efecto, se la aborda fundamentalmente como una realidad social que, en su devenir, constituirá el futuro de la sociedad y su cultura. Pero este fundamental cambio de perspectiva no ha sido asumido con claridad por los poderes fácticos. En la práctica, los movimientos culturales de adolescentes han dado cuenta más de sus propios relatos socioculturales que de su interés por las políticas públicas.

El concepto actual de adolescencia se sostiene en ciertos principios que caracterizan la modernidad. Estas podrían ser algunas de las más importantes: el abandono de tareas laborales formales e informales, la escolarización y la construcción de relaciones de amistad particularmente sólidas y sostenidas en la solidaridad. Se trata de una suerte de pilastras que fortalecen la cultura de las nuevas generaciones. Su ausencia o su debilitamiento dan al traste con la adolescencia. El término adolescencia forma parte del discurso académico para diferenciar a un grupo que se hallaría comprendido entre los 14 y los 17 años. Sin embargo, la actual adolescencia comenzaría hacia los 11 – 12 años. La niñez es cada vez más corta.



*La sociedad de los adultos poco sabe de aquello que hace a las nuevas generaciones de chicas y muchachos. ”.*

Por su parte, las miradas de la sociedad de los adultos comúnmente se posan en la pura fenomenología de un mundo joven que cada vez hace más presencia en la sociedad. Un grupo que no cesa de realizar demandas a las que no se responde porque no se las entiende. Justamente, como respuesta a ese silencio social y familiar, algunos grupos de adolescentes optan por ciertas conductas cuestionadas por los adultos como el uso de sustancias, el consumo de alcohol y también la maternidad. En ese momento, un hijo da al traste con todo el proceso constructivo de la adolescencia. En su lugar quedará un profundo vacío de significación que probablemente pese a lo largo de la vida.

La sociedad de los adultos poco sabe de aquello que hace a las nuevas generaciones de chicas y muchachos. Por otra parte, prefiere guardar silencio cuando no acude a lugares comunes para signarlos. La psicología y la sociología académicas tampoco se han dado el tiempo suficiente para revisar los conceptos que manejan en su enfrentamiento a la realidad temporal y espacial que viven las nuevas generaciones. La doxa académica se halla firmemente estatuida.

A ellos se les atribuyen pensamientos, actitudes y acciones supuestamente caracterizadas por la inestabilidad afectiva y actitudinal. Calificativos profundamente ideologizados que sirven al poder tanto para dominar como para negar sus profundos desconocimientos sobre los sentidos y las dimensiones de las actuales generaciones.

Se desconoce que su existencia es compleja tanto como lo es la de los adultos y los niños. En sí misma, la existencia es inestabilidad. La no existencia, como la muerte, es estabilidad pura en tanto no es. Lo que es debe poseer un grado de inestabilidad suficiente como para permanecer siendo. En este sentido, la inestabilidad se convierte en la representación paradigmática del ser en tanto siendo en su tiempo.

Tampoco se ha definido previamente lo que se entiende por estabilidad en el mundo afectivo y representacional. Los afectos no solamente son cambiantes sino también mutantes. Todos, niños, adolescentes, adultos *per se* son inestables en tanto se hallan necesariamente implicados en el cambio. Únicamente se mantiene en el ser aquello que cambia, que se transforma e inclusive que muta. Porque tan solo se es en el tiempo, que de suyo implica inestabilidad.

La inestabilidad marca el ritmo de un cambio esencialmente impredecible porque no está dado únicamente desde fuera sino desde los ritmos imaginarios y simbólicos de cada sujeto. Esa mutabilidad pertenece al ser y se hace mucho más evidente en la adolescencia a la que, por ende, define.



*Es preciso tener presente que toda normativa surge necesariamente del poder que lo sustenta, un poder cuestionado por las nuevas generaciones”.*



Si un adolescente dijese de sí mismo: *hoy como ayer, mañana como hoy, y siempre igual*<sup>1</sup>, daría cuenta de un grave empobrecimiento de su sistema de significaciones. Es decir, no solo el concepto de la esperanza sino el mismo presente estarían bloqueados, atrapados en un pasado probablemente ominoso. Por desgracia, son muchos los muchachos y las chicas que llegan a la adolescencia con una pobre perspectiva de futuro. Entonces, el riesgo es que se opte por algún tipo de actuación a la que se le confiere un poder sotérico. Porque algo o alguien los debe salvar: el alcohol, las drogas, la sexualidad, la maternidad, la paternidad.

Vistos desde fuera y desde la moral estatuida de los adultos, estos serían chicas y muchachos que han optado por el camino del mal. Ignoran, sin embargo, que el mal que los pudo haber invadido no es moral sino existencial. Es decir, un vacío de significación que debe ser llenado de alguna manera. Se trataría, pues, de una estrategia de sobrevivencia. Sin embargo, ello no lo entiende el poder de los sistemas sociales y éticos.

Para chicas y muchachos está bastante claro que, en cierta medida, forman parte de la sociedad de los excluidos. De hecho, mientras la sociedad ha producido un giro importante en torno a los niños, de alguna manera, ellos han permanecido excluidos. Entonces se enfrentan a la alternativa de introducirse en una suerte de paréntesis no solo social sino también ético.

Son innumerables las razones por las que un adolescente podría experimentar la sensación de vacío de sentido. Los afectos no surgen por generación espontánea. Siempre habrá algo que los motiva, aun cuando esa razón podría pertenecer al orden de lo inconsciente. Lo inconsciente actúa inevitablemente. Allí se hallan las representaciones reprimidas, los deseos que no lograron realizarse, las antiguas frustraciones repetidas una y otra vez.

¿Cuánto vale la significación clásica de adolescencia en la actual cultura? ¿Se trata, acaso, de un concepto de carácter más sociológico que psicológico? ¿Qué actitudes de los adultos reclaman los adolescentes de hoy para vivir de manera gratificante?

La oposición significativa entre las representaciones y normativas impuesta por la sociedad de los adultos y las representaciones de las nuevas generaciones es capaz de producir estados depresivos sobre todo cuando no se ven salidas, no solamente lógicas y fácticas, sino especialmente afectivas.

---

1. Gustavo Bécquer: Rima 56.

En general, la normativa adulta tradicional ya no se presenta como un bien que pudiese ser benévolamente integrada por las nuevas generaciones que ven en ellas la presencia del poder. Es preciso tener presente que toda normativa surge necesariamente del poder que lo sustenta, un poder cuestionado por las nuevas generaciones.

No rechazan las normas en sí mismas. Pero no renuncian a que se sustenten en una lógica relacional amigable más que en el ejercicio del poder. Con frecuencia, allí tan solo encuentran violencia, en cualquiera de sus expresiones.

Por su parte, las nuevas generaciones de mamás y papás, a su modo y circunstancia, ya vivieron por lo menos parte de los cambios representacionales casi radicales que se han producido en los últimos treinta años. Sin embargo, el sistema familiar y, sobre todo, el educativo, no han cambiado al mismo ritmo de las expectativas de la cultura juvenil. Lo cual determina que los nuevos padres recurran fácilmente a la normativa pasada.

El poder, *per se*, exige sometimiento. Las nuevas generaciones demandan libertad, autonomía y verdad. Dos mundos representacionales que se enfrentan sabiendo que, en principio, la fuerza impositiva se halla en el poder.

Sin embargo, y pese a la desigualdad de fuerzas, los cambios se imponen. En este proceso, posiblemente sea el sistema educativo el que menos se ha hecho cargo del análisis de las condiciones generacionales actuales. Es posible que lo más rancio en todo este complejo proceso sea precisamente el sistema educativo manejado por el poder.

Al sistema le interesa construir generaciones de ciudadanos finalmente sometidos al mercado del poder. De ninguna manera le convienen el cuestionamiento y menos aún la rebeldía.